

ficativa representación de estas nuevas culturas no es atinado. Estos personajes –no lo olvidemos– se encuentran ataviadas de esta forma en reclamo para el turismo, al poner de relieve los clichés asociados con la población afrodescendiente: el desenfado, la provocación y la estridencia. Los afrodescendientes en las Américas forman parte de las sociedades modernas; muchas personas se dedican a las labores del campo; otras a los servicios; hombres y mujeres son médicos, maestros, antropólogos y abogados.

Las comunidades y personas afrodescendientes en nuestro continente han creado un sinfín de referentes culturales que constituyen una mejor síntesis gráfica: pensemos, por ejemplo, en la pintura naïf de Haití, los cuadros de Jacob Lawrence o, sin ir más lejos, los grabados que hacen los miembros del taller Cimarrón en el Ciruelo, en la Costa Chica. Reproducir los clichés no contribuye a desarrollar comprensiones complejas sobre los fenómenos de la cultura y la política que involucran a la población afrodescendiente. La segunda se relaciona con la traducción del texto: para un lector que conoce la versión en inglés existen imprecisiones que muy probablemente no tengan relevancia. Pero hay otras que resultan significativas, y aquí sólo me referiré a una. En el texto se traduce la expresión propia de la literatura en inglés sobre el comercio de personas esclavizadas, *middle passage*, como “pasaje medio” (p. 36). Esta expresión hace referencia al viaje que hacían a través del Atlántico, desde la Costa Occidental de África hasta las islas del Caribe, los “barcos negreros”, que constituía la parte más larga de esta travesía. Estoy convencida de que en lugar de la traducción literal habría sido más atinado hablar de “viaje atlántico”, “travesía atlántica” o incluso “travesía intermedia”, fórmula que se utiliza en la traducción al texto de Mannix y Cowly *Historia de la trata negrera* (Alianza, 1968).



El “pasaje medio” es una expresión que en español carece de sentido en el contexto de este libro, y sin una nota al pie del traductor el lector no especializado y que no conoce la versión en inglés se perderá de una importante referencia. Desde la perspectiva de los autores, la travesía atlántica, lejos de convertirse sólo en una experiencia traumática o en un reservorio cultural, implica el primer contexto de elaboración de las nuevas creaciones culturales, con lo que disienten de otras perspectivas analíticas, sobre todo de aquellas que consideran que “la cultura” africana no sufrió modificación alguna a pesar de las circulaciones e intercambios experimentados desde el primer momento de viaje de las personas esclavizadas, o que encuentran en esta experiencia el argumento para justificar una supuesta “carencia” de cultura, que habría sido vaciada y extinta por el impacto de la dominación. Con base en su propuesta, los autores sugieren analizar este contexto en su complejidad, tanto como un espacio traumático como de intercambio social y creación cultural.

En síntesis, la publicación en español de este texto es motivo de celebración y una gran oportunidad para que las perso-

nas que ya lo conocían lo releen y, sobre todo, para que los jóvenes investigadores interesados en estos temas se hagan de más herramientas para comprender y explicar las diversas y complejas formas en que se experimenta la afrodescendencia en nuestro continente.

• • •

Sydney Mintz y Richard Price, *El origen de la cultura africano-americana. Una perspectiva antropológica*, México, CIESAS/UAM/UIA, 2012

María Camila Díaz Casas*

La traducción del clásico *The Birth of African-American culture* de Richard Price y Sidney Mintz ha sido muy bien recibida por la comunidad académica mexicana y latinoamericana, en especial por los estudiosos de los grupos afrodescendientes en América. Esta obra ha sido por muchos años la guía metodológica de varios investigadores, por lo que su traducción al español posibilitará que permanezca como un referente importante para los interesados en temas como la creación de la cultura africano-americana, la esclavitud, la participación de los esclavizados como agentes históricos en las sociedades coloniales y en los procesos de transferencia, cambio y adaptación cultural.

Las reflexiones desarrolladas por Mintz y Price entre 1972 y 1973, publicadas por primera vez en 1976, aún poseen una importante vigencia teórica y metodológica en las ciencias sociales en general. Como era la intención de los autores, desde su publicación el texto se convirtió en un manual de estrategias para estudiar el pasado africano-americano y ha alentado a los historiadores, antropólogos y otros in-

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH (maricamiladc@gmail.com)

investigadores a adentrarse en los estudios africano-americanos y a emplear modelos conceptuales acordes con la complejidad de los temas que se tratan en el texto.

Es posible identificar varios puntos para comentar respecto a este libro. Sin embargo, la reseña se dividirá en cuatro ejes temáticos que resumen algunas apreciaciones sobre el texto. En primer lugar se abordará de manera general el contenido del libro. En segundo lugar se explicarán cuáles han sido los aportes de Mintz y Price a los estudios sobre la población afrodescendiente en la antropología y la historia. En tercer lugar se comentarán los aportes de los autores para entender la esclavitud en América, y por último se retomarán algunos elementos críticos frente al texto y su aplicación en el estudio de la población afrodescendiente en México.¹

Primera parte: contenido del texto

Los autores dividen su texto en seis capítulos en los que se desarrollan varias discusiones respecto a cómo aproximarse a la historia de la cultura africano-americana, al presuponer que ningún grupo humano puede transferir sus formas de vida, valores y creencias de un lugar a otro sin ningún cambio, y que la variedad y fuerza de las transferencias se limitan ante variables como las características y materiales del entorno anfitrión.

En este sentido Mintz y Price proponen reconsiderar el modelo del encuentro que presupone la existencia de una cultura africana y una europea, al argumentar la heterogeneidad de la procedencia cultural entre los africanos que se establecieron

¹ A manera de aclaración, cuando se utiliza el término "afroamericano" se hace referencia a los afrodescendientes de Estados Unidos, y cuando se dice "africano-americano", a los afrodescendientes del continente americano. De esta manera aparece en la traducción, por lo que aquí se busca respetar las denominaciones que aparecen en el texto.

en el continente americano. Asimismo, para los autores esa heterogeneidad demuestra cómo los africanos en América se convirtieron en una comunidad cuando comenzaron a compartir una cultura, es decir, cuando ellos mismos la crearon en el nuevo entorno. De ahí que hagan énfasis en el cambio y las discontinuidades y critiquen que la cultura sea vista como un todo indiferenciado y estático.

En varios capítulos del libro señalan que los esclavos crearon instituciones² para cumplir con sus propósitos cotidianos. Estas instituciones, de alcance limitado, servían como puentes entre esclavizados y libres, y a su vez provocaron interacciones que influyeron en las nuevas culturas y las nuevas sociedades que tomaron forma bajo el sistema esclavista. Por otro lado, en los límites de maniobra que les permitía el poder de los amos, los esclavizados crearon otras instituciones para organizar su vida, tales como el establecimiento de amistades, el desarrollo de grupos familiares, la construcción de unidades domésticas, los nacimientos, muertes, enfermedades y la instauración de grupos religiosos. A partir de estos argumentos Mintz y Price explican que los procesos de formación cultural no fueron unilaterales ni se caracterizaron en exclusiva por la imposición de firmas europeas sobre africanos pasivos y homogéneos.

Así, para Mintz y Price la creación cultural por parte de los esclavizados se inició con las primeras interacciones y mediante la lucha con los traumas de captura, esclavización y transporte. Por ello expresan que, a pesar de las crueles y deshumanizadoras condiciones de la trata esclavista, los esclavizados africanos no fueron víctimas pasivas; es decir,

² Para comprobar este planteamiento, los autores definen institución como las interacciones sociales que adquieren un carácter normativo y que se puede emplear para cubrir necesidades recurrentes (p. 65).

además de actos de resistencia los esclavizados también sumaron esfuerzos cooperativos que podrían mirarse como los inicios de la cultura y la sociedad africano-americana.

Aun así los autores explican que las culturas africano-americanas se formaron durante los primeros años de asentamiento en los territorios americanos, como se observa en aspectos como la lengua y la religión. Los ejemplos retomados son de Surinam, por lo que exponen que el surgimiento de una nueva lengua criolla basada en el inglés con varias denominaciones, como "inglés negro" o "surinaams", surgió en las dos primeras décadas de la colonia. Asimismo explican que el grupo cimarrón saramaka realiza prácticas religiosas similares a las de los criollos de la región de Pará, donde se estableció la plantación, debido a que los cimarrones que huyeron a finales del siglo xviii a los bosques del interior llevaron consigo prácticas religiosas también aprendidas en la plantación.

En este sentido Mintz y Price no niegan las retenciones o supervivencias culturales en los africano-americanos, sino que complejizan esta idea al argumentar que, dado que la cultura es cambiante y dinámica, se necesita estudiar en qué contextos y coyunturas se presentan la persistencia y el cambio. De este modo resaltan la necesidad de comprender el pasado de los pueblos africano-americanos para comprender su presente y la importancia de las claves del presente para entender el pasado y llevarlas al trabajo de archivo.

Los autores concluyen que ni el contexto social ni las tradiciones culturales explican por sí solos las instituciones africano-americanas. En consecuencia, para entender la historia de la cultura africano-americana es necesario partir de la idea de que ésta no es sólo producto de las huellas de africanía ni de la completa innovación en América. Por el

contrario, ésta fue posible gracias a la creación y remodelación cultural en las muy particulares condiciones sociales, políticas, económicas y culturales que dieron forma a ese proceso.

Segunda parte: aportes al estudio de los afrodescendientes desde la antropología y la historia

En la introducción y el prólogo Mintz y Price advierten que su publicación se enmarcó en la lucha por los derechos civiles de la población afroamericana en Estados Unidos y en el establecimiento de programas de estudios afroamericanos en las universidades de ese país, producto del interés académico generado por la movilización política de la población afrodescendiente.

En ese contexto existían fuertes polarizaciones a la hora de explicar la cultura de los afroamericanos. Los autores señalan dos tendencias: la primera afirmaba que las expresiones culturales de la población afroamericana eran legados de África y así se explicaba su particularidad, mientras que la segunda sostenía que los africanos introducidos a territorio estadounidense nunca se asimilaron al resto de la sociedad, por lo que sus repertorios culturales fueron producto de la marginación, la exclusión y la ignorancia.

Resulta evidente que el texto de Mintz y Price hizo posible matizar tales posiciones, al tiempo que puso sobre la mesa el debate respecto a las retenciones culturales africanas, su permanencia o su inexistencia. Sobre esto habría que recordar que, en el estudio de la etnicidad desde la antropología, se desarrollaron dos corrientes denominadas constructivismo y esencialismo. Desde el primer enfoque se argumenta a la etnicidad como producto de una construcción histórica, mientras que desde el segundo se concibe a la etnicidad como una característica esencial que diferencia a determinadas poblacio-

nes de otras. Traducido al estudio de las poblaciones afrodescendientes, lo anterior significó, del lado esencialista, que las tradiciones culturales africanas eran una esencia que permanecía por medio del tiempo y se observaba en las expresiones culturales afroamericanas. Del lado constructivista significó que esas expresiones culturales debían ser vistas a partir de la historización, eventualización y desnaturalización de los supuestos que implicarían un ser-esencial compartido. Por consiguiente, para resumir el debate a grandes rasgos, se diría que mientras del lado esencialista los antropólogos se dedicaron a buscar huellas de africanías en los comportamientos contemporáneos, los constructivistas negaban que estos comportamientos tuvieran sus raíces en África.

A partir del rechazo de las numerosas presunciones acriticas de qué se entiende o no por africano, Mintz y Price aportan estrategias metodológicas que se ubican en un punto intermedio del debate entre constructivismo y esencialismo. Precisamente este texto, concebido por sus autores como un manual para orientar los estudios sobre la población africanoamericana, sugiere un argumento fundamental para el estudio de la población afrodescendiente: entender la cultura africano-americana como una creación realizada por los sujetos implicados a partir de su bagaje cultural adquirido en África, pero también a partir de las nuevas condiciones, las formas de asentamiento, las interacciones con los demás, las necesidades cotidianas y la relativa autonomía del poder de los esclavistas que gozaron en América.

Con esta idea los autores no pretenden negar la existencia de elementos africanos en las culturas forjadas en América, como se les acusó en la década de 1970. Por el contrario, hacen un llamado a pensar el tema de acuerdo con su complejidad y a emplear una mayor sutileza

analítica y mayor investigación socio-histórica para ello. De esta manera nos conducen a pensar, desde la antropología, el estudio de la historia de la cultura africanoamericana.

Sobre este tema subrayo que, si bien el libro de Mintz y Price se considera una obra antropológica, posee asimismo un profundo carácter histórico, el cual se puede explicar al resaltar aspectos fundamentales en la propuesta de los autores, como la obligación de entender las poblaciones africano-americanas desde un contexto temporal y espacial particular, de historizar sus formas de vida para entender cuándo y cómo se crean nuevos repertorios culturales, y de pensar en el paso del tiempo y en la noción del cambio o la persistencia que esto implica.

Los propios autores resaltan el hecho de que ningún grupo humano, por más cohesionado que esté, se puede transferir de un lugar a otro sin cambios, y aclaran que las condiciones de transferencia, las características humanas y materiales del entorno anfitrión limitarán la variedad y fuerza de las transferencias efectivas, por lo que se puede afirmar que las culturas africano-americanas se encuentran constituidas por retenciones del repertorio africano. No obstante, resulta fundamental observar en qué contextos y coyunturas se desarrollan para entender la persistencia y el cambio.

Además del llamado a pensar en el tiempo y en el contexto, el profundo sentido histórico del texto de Mintz y Price se evidencia en el diálogo que proponen entre el presente y el pasado. Los autores afirman que la comprensión del pasado de los pueblos africano-americanos es útil para comprender su presente y viceversa. Asimismo argumentan que las claves del presente son útiles para entender el pasado y llevarlas al trabajo de archivo. Por último, este es el trabajo de la historia: no reconstruir los datos del pasado como lo haría un anticuario, sino

establecer un diálogo entre el pasado y el presente que permita comprender no sólo a quienes vivieron antes que nosotros, sino a nuestros contemporáneos y a las sociedades donde vivimos.

A partir de estas premisas sobre el pasado, el presente y la investigación, y de su posición mediadora entre el esencialismo y el constructivismo, Mintz y Price ponen a dialogar a la antropología con la historia, y de esa relación deducen que ni el contexto social ni las tradiciones culturales explican por sí mismos la cultura africano-americana.

Tercera parte: aportes sobre cómo entender la esclavitud en América

La obra de Mintz y Price introduce una serie de reflexiones útiles para comprender la esclavización de personas africanas en América. Si bien es necesario partir de que la esclavitud es una práctica inhumana y cruel, en el continente americano ésta tuvo varios matices, muchos de ellos debido a la imposibilidad de construir un orden social en que el grupo dominante oprimiera en todos los espacios posibles al grupo dominado.

El fracaso de lo que Mintz y Price denominan la “esclavocracia idealizada”, donde los amos blancos dominan por completo a los esclavizados africano-americanos, es una premisa que debe acompañar los estudios sobre la esclavitud en nuestro continente. Existen varios indicios que los autores destacan para argumentar que es necesario abandonar la mirada maniquea de dominadores y dominados, y cómo debemos comprender y explicar una realidad mucho más compleja.

Cómo explican Mintz y Price, las fallencias de la “esclavocracia idealizada” se observan en la aparición de sectores libertos que no se hallaban contemplados en el orden social, en la existencia de espacios donde coincidían amos y es-

clavizados y en la existencia de oficios que se prestaban al establecimiento de relaciones más estrechas entre ambos sectores, como el servicio doméstico y los oficios artesanales, entre otros. De manera adicional, en espacios como la plantación los esclavizados establecieron cultivos en los que producían su propio alimento, pero también generaban excedentes que les permitían comerciar, tener poder adquisitivo y consumir según sus preferencias.

De acuerdo con lo anterior, es posible observar que los esclavizados no siempre fueron sujetos de dominación. Por el contrario, a pesar de ser víctimas de un sistema económico, político y social, fueron actores de la historia que no aceptaron el poder de los amos en forma pasiva ni constituyeron un grupo homogéneo de explotados. Mediante actos de resistencia abierta, como rebeliones, fugas y levantamientos, así como de otras acciones como la preservación de religiosidades diferentes a las hegemónicas, los esclavizados actuaron en el pasado sin aceptar con resignación su “suerte”.

En este sentido no pretendo hacer una apología de la esclavitud ni desestimar que muchos esclavizados y libres fueron víctimas de explotación y violencia; en todo caso busco destacar que muchos de los planteamientos de Mintz y Price devuelven el papel de agentes que presionan por sus intereses a los sectores dominados, en determinados contextos históricos, y no legitiman las miradas que los convierten en masas oprimidas sin ningún impacto en la sociedad.

En suma, no obstante la existencia de un sistema que esclavizó a los africano-americanos, a su captura en África, a las crueles condiciones de su traslado a América, a la llegada a un territorio por completo desconocido, a la obligación de realizar determinados oficios bajo el poder de sus amos y a la necesidad de hablar nuevas lenguas y adaptarse a las

nuevas condiciones, los hombres y mujeres africano-americanos fueron capaces de llevar a cabo rebeliones abiertas contra el sistema, así como esfuerzos cooperativos que sentaron los cimientos de la cultura y la sociedad africano-americana.

Las formas de esclavitud en el continente americano presentan variaciones según el periodo temporal que se investigue, además de la producción y la importancia de la mano de obra esclavizada en cada lugar. Sin embargo, uno de los legados más importantes de la obra de Mintz y Price consiste en recordarnos que, en general, la forma como actuaron los sectores esclavizados dentro de este sistema no fue pasiva, por lo que es necesaria una visión más compleja de la realidad que nos permita superar el dualismo entre dominadores y dominados.

Cuarta parte: aplicaciones para el estudio de la población afromexicana

Como se ha mencionado en líneas anteriores, Mintz y Price buscaban realizar un manual que orientara los estudios sobre la cultura africano-americana. En los apartados anteriores se rescataron algunos de los elementos que considero como guías para realizar estudios sobre las sociedades africano-americanas. Sin embargo, existen dos preguntas que no he resuelto con la lectura de *El origen de la cultura africano-americana*.

En primer lugar, me pregunto si es posible aplicar este modelo de análisis a sociedades esclavistas diferentes a los casos más estudiados de esclavitud, como Jamaica, Santo Domingo, Surinam, Brasil y Estados Unidos. En la mayoría de los casos Mintz y Price apoyan sus argumentos con ejemplos de Surinam, Jamaica y Santo Domingo, acaso porque es allí donde cuentan con una mayor experiencia de investigación. Sin embargo, en otras zonas donde existen evidencias empíricas menos notorias para estudiar

la cultura africano-americana, ¿podríamos rastrear las adaptaciones, innovaciones, creaciones y transferencias de los africano-americanos?

A su vez, esta pregunta remite a otra sobre un caso específico: ¿cómo se desarrollarían estas estrategias metodológicas en contextos que no sean de plantación, sino en otros caracterizados por la esclavitud urbana, la participación en milicias y el mestizaje, como en el caso de Nueva España?

A fin de dar respuesta a ambos cuestionamientos resulta indispensable involucrar algunas variables para estudiar las sociedades africano-americanas en lugares del continente diferentes al Caribe, Brasil y Estados Unidos. Éstas son la existencia de grupos indígenas, las formas de producción distintas a la plantación y el mestizaje, que volvió aún más confuso el sistema de clasificación de las "castas" en esas sociedades coloniales.

La colonización en el Caribe se caracterizó por la temprana desaparición de los grupos indígenas que poblaban el territorio, debido a las epidemias y a otras razones. Por este motivo es comprensible que Mintz y Price no incluyeran en su análisis la existencia de indígenas en las sociedades coloniales. En contraste, en varios lugares del continente, en especial en Nueva España, la población indígena sufrió una caída demográfica enorme durante el siglo *xvi*, pero se mantuvo en el *xvii* y se recuperó hacia el *xviii*. Aun así, en el territorio novohispano los grupos indígenas fueron la población mayoritaria a lo largo de los tres siglos de dominación hispánica.

La existencia de población indígena no es sólo un dato demográfico interesante, sino que nos muestra la complejidad de la sociedad colonial novohispana y la necesidad de analizar aspectos que no figuran en el libro, como las relaciones entre indígenas y africano-americanos, los intercambios culturales entre ambos grupos y

la mediación de lo indígena en la creación de las sociedades africano-americanas. Lo anterior no significa que sea necesario clasificar los rasgos culturales entre indígenas, africano-americanos y europeos y diferenciarlos entre sí. Por el contrario, la importancia de la población indígena en algunas sociedades coloniales hace que resulte fundamental involucrar su papel en los procesos de creación e innovación de los africano-americanos con variables específicas de tiempo y espacio.

En las orientaciones teóricas y metodológicas de los autores la mayoría de los ejemplos parten de la existencia de economías de plantación. Sin embargo, a diferencia del Caribe y Estados Unidos, estas formas de producción fueron minoritarias y primaron otras formas de esclavitud más ligadas con la servidumbre urbana y la minería. En específico, en el caso de Nueva España es posible identificar que las economías de plantación sólo existieron en regiones como Veracruz y Morelos, y la mano de obra esclavizada se desempeñó en otros sectores, como la minería y la servidumbre doméstica, entre otros. Estas diferentes formas de esclavitud determinaron la creación de sociedades que no estaban del todo jerarquizadas, hicieron que las relaciones entre europeos, indígenas y afrodescendientes adquirieran formas diferentes y que, dado el mestizaje y el constante intercambio entre amos y esclavizados, no fuera tan visible una cultura africano-americana diferenciada de los demás sectores. De ahí la referencia que hacía con anterioridad, a que tal vez no sea posible hallar en todos los casos evidencia empírica que nos permita hablar de la creación de una cultura africano-americana.

Por último, la cuestión de las formas de producción nos remite a un aspecto fundamental que no se aborda en la obra de Mintz y Price: la existencia del mestizaje en todos los países latinoamericanos. La presencia de una importante

población indígena, el contacto sexual entre europeos, africanos y afrodescendientes, así como la inexistencia de una sociedad donde los amos, los esclavos y los indígenas estuvieran aislados entre sí, fomentaron el mestizaje y la aparición de sectores ambiguos para la "esclavocracia" ideal de libres y de "castas", que no podían ser clasificadas con facilidad por las autoridades coloniales. En el caso de Nueva España es posible observar que, para el siglo *xviii*, estos sectores mixtos denominados "castas" fueron la segunda población en términos demográficos, sólo después de los indígenas, y estuvieron sujetos a diferentes clasificaciones y padrones para identificar su estatus en la sociedad colonial. En este sentido la existencia de numerosos sectores intermedios, y de mestizos con posiciones ambiguas en el sistema colonial, pone de nuevo en dificultades la posibilidad de entender la sociedad a partir de esclavos y amos, y más aún de encontrar una cultura africano-americana diferenciada, tal como la de los saramaka de Surinam.

Con lo anterior no pretendo negar la existencia de una cultura africano-americana en México ni en otros contextos latinoamericanos; tan sólo considero que su estudio debe involucrar más variables que las señaladas por Mintz y Price y contemplar un análisis más complejo que incluya la alta presencia indígena, el mestizaje y las diversas formas de producción que caracterizaron los tres siglos de dominación hispánica en varias regiones de América.

El estudio de las sociedades africano-americanas ha sido abordado desde diferentes enfoques que han marcado los análisis de las ciencias sociales a lo largo del siglo *xx*. Tales enfoques han permitido llegar a conclusiones enriquecedoras o han sido replanteados para entender de manera diferente los datos que se han encontrado. En el caso de *El origen de la cultura africano-americana* estamos

ante una propuesta vigente sobre cómo abordar los procesos de creación cultural de los afrodescendientes en América y cómo hacerlo con base en la complejidad de cada caso de estudio. Por esta razón, de nuevo celebro la traducción de este clásico para la antropología y para la historia, y espero que cada vez más investigadores, estudiantes y profesores lo incluyan como una lectura obligada.

•••

Gilberto López Castillo, Cuauhtémoc Velasco Ávila y Modesto Aguilar Alvarado (coords.), *Etnohistoria del ámbito posmisional en México: de las reformas borbónicas a la Revolución*, México, INAH (Historia, Logos), 2013

Gilda Cubillo Moreno*

La mayoría de los antropólogos e historiadores de nuestro país ha centrado su atención en el estudio de Mesoamérica, lo cual hace indispensables investigaciones como las que condensa esta antología, que abren nuevos horizontes a la comprensión de la naturaleza y la diversidad de los grupos étnicos originarios del norte del país, sus culturas, identidades, territorios, actuaciones, interacciones, persistencias y cambios frente a las políticas y agentes del sistema de dominio colonial, del gobierno liberal en el México independiente y de la época porfirista.

En esta obra colectiva se reúne una selección de 12 trabajos de especialistas de diversas dependencias del INAH: "La Dirección de Estudios Históricos, los centros regionales de Sonora, Jalisco, Coahuila, Chihuahua y Sinaloa; así como de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de Chihuahua. También [...] de la Universidad Autónoma de Baja

* Dirección de Etnohistoria, Coordinación Nacional de Antropología, INAH

California Sur, la Universidad de Guadalajara, la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, la Universidad Autónoma de Sinaloa, el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y el Archivo Histórico de Nuevo León".

Sus contenidos ofrecen renovadas perspectivas y contribuciones –la mayoría fundamentadas en el análisis de abundantes fuentes históricas– acerca de lo que sus autores han denominado "el ámbito posmisional", que abarca desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta comienzos del XX en "territorios preponderantemente norteños, que durante buena parte del periodo colonial fincaron el desarrollo de las comunidades indígenas en las misiones, tanto jesuitas como franciscanas, dominicas y agustinas" (pp. 11-12).

Los trabajos brindan valiosas aportaciones sobre temáticas comunes o particulares relacionadas con la diversidad regional y los procesos que experimentaron los grupos étnicos del norte en la antigua California, Sonora, Coahuila y Sinaloa, y en algunos otros lugares del occidente de México como Jalisco y Michoacán, que comprenden diversas experiencias misioneras, los momentos de cambio y las problemáticas enfrentada por los pueblos originarios, los religiosos y las autoridades civiles en diferentes etapas y en torno a asuntos cruciales como la secularización eclesiástica, la tierra, la legislación, el poblamiento, los bienes de comunidad o las rebeliones indígenas. Por el interés que representa cada artículo o ensayo, a continuación presentaré una breve reseña de cada uno.

La primera de las cuatro partes del libro, subtitulada "Etnohistoria y ámbito posmisional", consta de dos colaboraciones. En su ensayo comparativo "La frontera misional novohispana a fines del siglo XVIII. Un caso para reflexionar

sobre el concepto de misión", José Rufino de la Torre Curiel aporta un nutrido balance historiográfico sobre el estado de la cuestión y un amplio y sólido fundamento científico, a fin de caracterizar y distinguir en toda su complejidad un ámbito misional de uno posmisional. Por los referentes clave que brinda y el amplio panorama interpretativo ofrecido, este será uno de los trabajos en que me extenderé un poco más.

El autor advierte que no existió un proyecto único ni homogéneo de misión para todo el septentrión novohispano. Entre los principales factores de lo anterior destacan la diversidad de los pueblos del norte –entre ellos los indios pueblo, mayos, yaquis, ópatas, pimas, guazapares, guarijios, acaxeos, xiximies, tarahumaras o rarámuris, tepehuanes, cahitas, eudeves, apaches, comanches y pames–, además del traslado de indios tlaxcaltecas a lugares como Zacatecas y Coahuila. También hace notar que los proyectos misionales se diferenciaron por los contrastes en sus medios geográficos, los distintos recursos, los objetivos prioritarios de cada orden religiosa y sus estrategias particulares. Por encima de las diferencias, De la Torre Curiel propone que la misión, en tanto "institución de frontera", como "pueblos de indios administrados por religiosos" (p. 25), debe entenderse no sólo por su labor evangelizadora, sino como "un hecho de poblamiento hispano", de "apropiación de un espacio", que igualmente tuvo como fines y funciones primordiales comunes "congregar a una población dispersa [...] propiciar el intercambio cultural, asegurar territorios, frenar avances enemigos, activar la economía de una zona y abastecer trabajadores para áreas vecinas" (p. 62).

Además, opina que las misiones evolucionaron desde "la etapa de expansión misional sostenida hacia el norte de la Nueva España [...] señalada por la llega-